

# LA FILOSOFÍA CICERONIANA

---

## ENSAYO HISTÓRICO

---

Son ya tan numerosas las inadmisibles consecuencias que los filósofos de nuestros días deducen sin cesar de sus concepciones filosóficas, que ni ellos mismos se sienten capaces de seguir caminando por el inextricable laberinto de sus imaginados sistemas; y de aquí, que con más o menos frecuencia, con mayor o menor disimulo, se note en sus obras como el vestigio de una tendencia hacia los antiguos filósofos. Los pensadores de nuestros días, no quieren sin embargo volver sus investigaciones a los solidísimos argumentos y sistema de los autores escolásticos, cuya autoridad parecen despreciar "a priori", sino que más bien pretenden seguir el camino marcado por los filósofos paganos: en éstos se encuentran en verdad raudales de luz y claridad asombrosos, que muestran bien a las claras hasta donde puede llegar la luz de la razón; y aunque sus sistemas estén afeados por errores a las veces imperdonables, mucho ganaría la moderna filosofía, si admitiera las verdades que para los paganos fueron indiscutibles, y hoy se ha dado en la flor de negar, sin ningún sólido fundamento sacado de la experiencia o del recto raciocinio.

He aquí porque hemos intentado insertar en las páginas de esta revista un modesto ensayo, capaz sin duda ninguna de notable perfeccionamiento, pero que mostrará, aun en medio de su imperfección, cuán por encima de las filosofías positivistas, agnósticas e idealistas de los contemporáneos, llegó a estar la filosofía, no ya de los eminentes filósofos griegos Platón y Aristóteles, sino de los hombres instruídos del imperio romano; ninguno, a lo que juzgamos, tan a propósito para este objeto como el orador romano Mario Tulio Cicerón, cuyo estilo, en frase de San Agustín, casi todos admiran, pero no así sus convicciones.

Los orígenes del eclecticismo no académico en Roma fueron estos: terminada la segunda guerra púnica, cuando las legiones de

Emilio Paulo pasearon las águilas romanas por las ciudades de la Grecia; se repitió el notable fenómeno presentado ya entre Asirios y Caldeos, de un pueblo subyugado, que trasmite a su vencedor, en su propia lengua una cultura más elevada. Hacia principios de la segunda centuria antes de nuestra era, se levantaban en la culta Atenas junto con su pujante literatura e inspirada poesía, su magnífica arquitectura y sus elevadas concepciones filosóficas. Los sistemas de sus grandes filósofos, habían sido por más de siglo y medio defendidos tenazmente en las escuelas peripatética y de la Academia, que se levantaban frente a las escuelas de los estoicos y de Epicuro.

Mientras los representantes de los diversos sistemas, quisieron conservar las doctrinas, que defendían en su integridad, y no tuvieron cuenta con las opiniones de los adversarios, sino cuando se trató de refutarlas; ciertos y marcados límites defendían, como las murallas de las antiguas ciudades, las soberbias concepciones filosóficas de los grandes maestros. Pero la naturaleza misma de las cosas, el embate mutuo y continuo que en sí entrañan opuestas escuelas, que crecen y se desenvuelven unas al lado de las otras, la rápida y extensa divulgación de las diversas opiniones, y muchas veces la necesidad de condescender más o menos abiertamente para resolver o eludir molestas dificultades acercaron unos a otros los diversos sistemas, naciendo de este modo un eclecticismo, en que dominaba ya la intransigencia estoica, ya el sensualismo de Epicuro, ya el realismo aristotélico, ya el escepticismo más o menos velado de la novísima academia.

Tal era el nivel a que estaba la filosofía griega cuando se le dió franca entrada en la capital del imperio romano; y aunque en muy escasa manera al principio, y más abiertamente después, hallaron por fin rápida divulgación las ideas filosóficas de los griegos, cuando les prestó su bien cortada pluma el gran orador romano M. T. Cicerón.

Nacido en Arpino el 3 de Enero del año 107 a. J. C., al terminar su formación literaria, dedicóse, bajo la dirección de los Escévolas, al estudio de las leyes de su patria. Sólo después del año 87 le encontramos en las aulas filosóficas de Filón el jefe de los Académicos, de Diódoto el estoico y de Molón de Rodas. Por temor de Sila, y con pretexto de reponer su salud, salió de Roma, y en Atenas fué discípulo del platónico Antíoco de Ascalón, y de los Epicúreos Zenón y Fedro, más tarde oyó en Rodas a Posidonio, y vuelto finalmente a Roma hacia el año 77, se entregó de lleno a

su ocupación predilecta, la oratoria, y gracias a sus vastos conocimientos, a su elegancia en el decir, y, sobre todo, a su arrebatadora elocuencia, llegó en breve a ocupar el consulado, y a ser, por mucho tiempo, uno de los políticos más influyentes de Roma. Las turbulencias políticas, que amargaron los últimos años de su vida fueron causa, según él mismo confiesa, de que buscara algún consuelo en los ejercicios filosóficos. "Yo, en cambio (diré lo que sucedió, cómo fué) mientras me sentía sujeto por las ambiciones, los honores, las causas de mis clientes, los cuidados de la república, y no sólo los cuidados, más aún cierta preocupación me tenía enredado con diversas obligaciones, tenía mis estudios filosóficos abandonados, y por no olvidarlos del todo, los recordaba leyendo, cuando me era permitido. Ahora, en cambio, herido por gravísimas desgracias, y libre de cargos públicos, algún remedio para mis penas, pido a la filosofía, y este entretenimiento lo juzgo en sumo grado honesto." (Acad. I 3-10). Quiso así aquel romano de elevados sentimientos, ya que no podía en la política y gobierno de su patria, influir poderosamente y coronarse de gloria, divulgando entre sus conciudadanos el caudal de los conocimientos griegos. (cf. De Div II-1.) "Y porque no dejara yo alguna vez de hacer bien a mi patria, mientras buscaba con afán, y pensaba largamente en qué podría aprovechar a los más que se pudiera, ninguna otra cosa me ocurría, que el vulgarizar entre mis conciudadanos los conocimientos más elevados que se conocían." De este sabroso retiro y nobilísima ocupación vinieron de nuevo a sacarle los asuntos políticos, y vencido finalmente por su astuto adversario, a quien había herido crudelísimamente en sus famosas "Filípicas", cayó bajo los puñales de los sicarios de Antonio el 7 de Diciembre del año 43 a. J. C.

Tal fué el más grande de los oradores romanos M. T. Cicerón, sobre cuya filosofía pretendemos hacer un modesto ensayo histórico, y presentarlo a nuestros lectores dejándoles el sabroso placer de juzgarlo y cotejarlo con las apriorísticas imaginaciones de los contemporáneos.

No nos ha sido ayuda despreciable en nuestro trabajo la copia que de los escritos filosóficos de nuestro filósofo ha llegado hasta nosotros; aunque se han perdido el "Hortensius" y "De Consolatione" las obras que tenemos son, sin embargo, muy numerosas, y pueden, según la opinión de varios autores dividirse en dos grandes grupos, uno encierra las cuestiones meramente especulativas, el otro comprende sus doctrinas prácticas. Las cuestiones

teóricas son elegantemente tratadas en sus "Academicorum libri" (que no nos han llegado íntegros) donde estudia el problema de la certeza; los libros "De Natura Deorum", dedicados a discutir y refutar las groseras concepciones sobre la divinidad; los "De Divinatione", exposición sucinta de las diversas clases de adivinación, y varonil rechazamiento de la credibilidad a ellas atribuida por los estóicos, y finalmente, como complemento de ellos, el "De Fato", en el que se refutan las supersticiosas creencias sobre la férrea necesidad de la fortuna.

En el segundo grupo suelen contarse los libros "De officiis" dedicados a la educación de su hijo e inspirados, a lo que parece, en la obra del estoico Panesio *ta peri tu padeontos*, los "De finibus" en que se discuten las diversas sentencias filosóficas sobre el fin del hombre y la moralidad, seguidos por las "Tusculanarum Disputationes", los hermosísimos diálogos "De Senectute" y "De Amicitia" de todos conocidos, y por fin sus tratados "De legibus" y "De República", en los que sigue las huellas e ideales de Platón.

¿Cuál es el sistema filosófico desarrollado en estas obras? A esta pregunta, la primera que se ocurre al investigar la mente de nuestro filósofo, debemos contestar que no encontramos en ellas la originalidad de un talento prodigioso, que juntando los materiales dispersos ya en las obras de sus maestros, ya en la naturaleza misma, crea un nuevo sistema: opinión en que nos confirmamos al encontrar en una de las cartas de nuestro filósofo a su amigo Atico, estas palabras ingeniosamente dichas en el seno de la más íntima confianza: "Son apógrafos estos escritos; menor trabajo cuéstate el hacerlo: sólo aposto palabras, de las que tengo gran abundancia." Ad. Att. XII, 52) y que tales palabras no hayan sido una modestia exagerada, lo muestran recientes e interesantes trabajos. Así muchos pasajes del "Academicorum" están tomados de Antíoco; las disertaciones escépticas sobre la certeza tomólas probablemente de Filón y Clitómaco; los libros "De Finibus", parece también, sin dejar lugar a duda provenir de Antíoco, Posidonio, Panesio, Clitómaco y algunos tratados Epicúreos, y así de las demás obras. Esta es la causa de que fácilmente se eche de ver en las opiniones filosóficas de Marco Tulio, la influencia de sus maestros más o menos modificada, según Ritter, por su propio carácter y modo de vida. Casi todos sus maestros fueron o Estóicos o Académicos, de aquí que su filosofía propenda ora a la entereza estoica, ora al probabilismo de la novísima academia; su alma dotada de nobles sentimientos, grande y gene-

rosa, que sabía sentir con exquisita delicadeza lo bello, y era fácilmente arrebatada por los pensamientos nobles, pero al mismo tiempo irresoluta y débil, se refleja también en su filosofía: no pudiendo desoir sus voces, cuando se trata de las grandes verdades morales, las proclama con amor y elocuencia, mientras que arretrada y turbada en los demás casos por la autoridad de los sabios, con timidez y superficialidad reprensibles, se contenta con la duda neo-académica en las cuestiones meramente especulativas.

Mas en estas mismas, la duda sistemática de los neo-académicos se nos presenta bajo un aspecto nuevo, y esto es lo que a nuestro juicio, hay de original en la filosofía ciceroniana; en efecto, Cicerón duda, y la razón principal de su duda es la diversidad omnimoda de pareceres que sobre las cuestiones más importantes tienen los sabios: destituido de dotes suficientes, o no acostumbrado a investigar por cuenta propia, y viendo las diversas sentencias destruirse mutuamente con autoridades contrarias, no puede menos de dudar: "Al investigar esto dice al fin del segundo libro Acad.) más bien disputemos de la diversidad de opiniones que hay entre tantos sapientísimos varones, de lo sumamente obscuro de los problemas de la naturaleza, de los errores de tantos filósofos, que en cuestiones de capital importancia piensan de distinta manera: y ya que la verdad no pueda ser sino una sola, menester fuera abandonar tantas y tan nobles ciencias." Es, pues, en Cicerón el escepticismo, no tanto el fruto de un trabajo personal, cuanto la incertidumbre en que la lucha de las opiniones filosóficas le han colocado: es por decirlo así, el reverso de su eclecticismo, y no puede por tanto tener en él la importancia y significado que en la novísima academia tenía: en ésta la duda sistemática era el fin de las inquisiciones filosóficas, para Cicerón es más bien el punto de donde hay que partir. En su filosofía, finalmente, atribuye Cicerón mayor valor a las consecuencias sacadas de principios probables, porque el fin que se propone en sus estudios es eminentemente práctico, y para la práctica no se necesita, dice, la certeza, basta una gran probabilidad: es, pues, su escepticismo mucho más moderado. (Cf. Zeller. *Ecclec.* págs. 151-152).

La segunda diferencia capital del escepticismo de Cicerón, comparado con el de Carnéades, se refiere a los grandes principios morales, sin los que la vida social y moral de los hombres no puede perseverar: con relación a ellos la duda de Cicerón desaparece totalmente para trocarse en energía estóica, y así como al tratarse de cuestiones cosmológicas o metafísicas encontramos en sus

obras frecuentemente frases como esta: "ocúltanse a nuestras miradas semejantes cuestiones, Lucullo, y se nos escapan, como si estuvieran circundadas y veladas con espesísimas tinieblas; y esto es en tanto grado, que no juzgo haya humano ingenio cuya mirada sea tan aguda, que se atreva a penetrar en los cielos, o a sondear las entrañas de la tierra." (De Nat. Deor. I-21, 60); así, tratándose de cuestiones morales, a pesar de tanta variedad de sentencias entre los grandes filósofos; a pesar de la estima y predilección con que siempre habla de la novísima academia; a pesar de que de cuando en cuando se escapa de su pluma una sombra de duda, en general defiende esos principios con plena certeza, los sostiene con energía, y asevera lo que ningún académico se hubiera atrevido a defender: que si la creencia en ellos llegara alguna vez a desvanecerse entre los hombres, toda la humana sociedad vacilaría en sus mismos cimientos: "Mas si los dioses, leemos en el libro De Nat. Deorum (I-2) ni pueden ayudarnos, ni lo desean ni se preocupan de ello en manera alguna, ni advierten lo que hacemos, ni hay algo que de ellos pueda venir a los hombres ¿por qué les tributamos culto, veneración y oraciones? Más si esto se quitara, seguiríase el desorden en la vida y gran confusión; y no sé si quitando la piedad hacia los dioses si en una misma ruina habrían de derrumbarse la fidelidad, la sociedad y la más excelente de las virtudes, la justicia." ¿Cómo puede el gran orador, sin ser inconsecuente con sus mismos principios, profesar tan incondicional asentimiento a estas verdades capitales? Es que se apoya en un argumento poderosísimo, y que para él tiene mayor fuerza que la opinión de los sabios: el testimonio evidente de su propia conciencia y el consentimiento universal del género humano; de esta persuasión íntima y sincera nace la siguiente expresión, que encontramos, como casualmente caída de su pluma en su tratado de leyes (I, 13, 89) que nos revela lo profundo de sus convicciones morales: "Pero supliquemos a la "perturbadora" de todas las opiniones filosóficas, la academia novísima fundada por Arcesila y Carnéades, supliquémosle, que calle. Porque si invadiera nuestras persuasiones morales, que por otra parte nos parecen harto sabiamente ordenadas y compuestas, haría en ellas notables destrozos. Yo bien quisiera aplacarla, pero no me siento con ánimo de refutarla." Y esta es la razón, si no nos engañamos, por lo que en otra parte de sus obras (De Fato 21) llega a afirmar que más bien creería que cualquier proposición es al mismo tiempo falsa y verdadera, que negar la verdad de uno de

los grandes fundamentos de la moral, la libertad humana: más tarde veremos hasta dónde llevo la defensa de la libertad humana. Admite, pues, nuestro filósofo, como fuente de certeza el íntimo testimonio de la propia conciencia, así como en su criterio-logía había admitido el testimonio de los sentidos; admite cierta propensión innata de nuestra naturaleza, que la lleva por sí misma a la verdad: y estas opiniones, dice Zeller, que en lo sucesivo habían de ganar tanto terreno en la filosofía cristiana, y en ella habían de defenderse abiertamente, así como la exposición definitiva y sistemática del sistema de las ideas innatas, cábele a Cicerón la gloria de haber sido el primero en enunciarlas claramente: aunque tal vez la opinión sobre el innatismo pudo haberla tomado de Antíoco, añade el mismo historiador, sin que podamos afirmar hasta qué punto sea verdad esta conjetura (cf. Zeller Elec pág. 159).

En la Psicología de Cicerón, admiran los altísimos conceptos, dignos de cualquier filósofo cristiano, que sobre el alma humana, sobre su nobleza y procedencia, sobre su fin e inmortalidad con elocuencia y calor singular, defiende y proclama: sirva de ejemplo este fragmento, tomado del bellissimo sueño de Escipión, coronamiento feliz de su obra de República: "Pero tú, exclama en él dirigiéndose al ilustre joven, el noble Africano, tú esfuérsate y pórtate de semejante manera: porque no eres mortal sino lo que es mortal es tu cuerpo; mas tú no eres el que esa figura muestra, puesto que el alma de cada uno eso es principalmente cada hombre, no esa figura que puede señalarse con el dedo... así como el mundo es mortal por una parte, pero Dios eterno; de la misma manera el cuerpo frágil es movido por un alma sempiterna... Ejercítala, pues, en las más excelentes obras: y son excelentísimas las fatigas sufridas en pro de la patria, si el alma se hubiese purificado con ellas, más aprisa volará a esta su mansión y trono, y esto lo hará tanto más velozmente, cuanto más haya salido de lo material mientras yacía encerrada en el cuerpo, y por la contemplación de lo que es materia se apartase más de su propia materia: porque las almas de aquellos que vergonzosamente se entregaron a los placeres del cuerpo, y no supieron ser sino viles esclavos de ellos, y impulsados por liviandad, obedientes a sus pasiones, violaron las leyes humanas y divinas, esos al separarse de sus cuerpos no vendrán a esta gloriosa mansión." Análogas expresiones encontramos en el diálogo "de Senectute". No me gusta, dice allí, maldecir la vida, lo cual sin embargo han hecho

muchos y muy notables varones, ni me pesa el haber vivido, porque de tal manera viví, que no pienso haber nacido en vano, y de tal manera dejaré la vida, como quien sale de una posada, no como quien abandona su casa: porque la naturaleza nos dió habitación como para pasar la noche, no como para permanecer de asiento. ¡Oh día glorioso, aquel en que haya de partir hacia aquella bienhadada sociedad de las almas, aquel que me haya de arrancar de esta turbación y multitud! Iré, sí, iré a juntarme no sólo con todos aquellos esclarecidos varones, de quienes ha poco os hablaba, sino que principalmente iré a mi Catón, varón el mejor de los que han nacido, y tal que por nadie ha sido superada su piedad... cuya alma no me abandonó, sino que, esperándome marchó a aquellas mansiones dichosas, a las que sabía que yo también había de ir...

¿Pudiera exigirse de un pagano más precisión en declarar la inmortalidad del alma y su excelencia sobre el cuerpo; la existencia de una vida superior y dichosa para los buenos, a la que no habían de llegar los malos? Y ¿qué diremos de sus ideas sobre el origen del alma, cuando están sus obras sembradas por decirlo así, de expresiones en que dice que el alma viene de Dios, que no se ha producido en la tierra, que es una cosa divina, que su naturaleza es la misma que la de la naturaleza divina, esto es, espiritual, simple, inmaterial, sempiterna, libre, inteligente? Mas, como quiera que después hayamos de volver a tratar de esto, al tratar de la naturaleza divina, según nuestro filósofo, sólo nos contentaremos aquí con volver a notar lo que al principio decíamos: esos filósofos contemporáneos que quieren volver a la filosofía pagana, vean en los paganos la afirmación contundente de la espiritualidad, libertad e inmortalidad de eso más noble que hay en nosotros, y que tan ciegamente niegan los agnósticos-positivistas, materialistas, evolucionistas e idealistas de nuestros días.

Volvamos a nuestro filósofo: no siendo posible alargar mucho este artículo, dejemos muy a nuestro pesar la psicología ciceroniana y tratemos de hacer una somera síntesis de su moral.

En un reciente manual de literatura griega y latina, cuya postrera parte no vé aún la luz pública y sin embargo el juicio acertadísimo de su autor, y su notable erudición le han conquistado ya la estimación de sus lectores quienes le consultan y le citan, encontramos en el fascículo 5.º estas palabras del P. Laurand S. J. "Las ideas morales de Cicerón son elevadas, continuamente le preocupa la idea del bien... muéstrase firmísimo en la afirmación

de la ley moral, de la conciencia y del deber; su conducta se inspira en tales principios; y que el noble ideal por él pretendido en sus obras filosóficas, enseñar a sus conciudadanos y animarlos a vivir según ideales nobles y levantados, haya sido no sólo logrado, más aun sobrepujado nos lo muestra el testimonio de San Agustín." Muy grato nos ha sido encontrar tal juicio en un crítico cuya autoridad es indiscutible, mayormente cuando este juicio se da en una obra científica y después de esa oleada de pesimismo y antipatía en el modo de ver y juzgar al gran orador romano, que hace unos años estaba de moda. La inspección de los principios morales de Cicerón, nos harán ver que el P. Laurand le ha juzgado con rectitud y justicia.—Sabida es la famosa frase de Aristóteles, quien en su *Ética* dice: "El que tratando cuestiones morales, yerra en la opinión sobre el fin del hombre, yerra por lo mismo en todo lo demás", por esto para Cicerón no hay sistema filosófico más reprehensible que el de Epicuro; en su eclecticismo jamás hemos encontrado una frase siquiera inspirada en el sistema de esta escuela, y muy frecuentemente rechaza sus opiniones, dejando ver el desprecio y repugnancia suma que le inspira una doctrina, que no tiene más ideales que el placer: y eso que en muchos puntos Epicuro no llegó a lo que ha llegado el utilitarismo, el hedonismo, el positivismo, amoral de nuestros días. Algo más encuentra aquel pagano, destituido de la aura vivificadora del Evangelio, en la vida del hombre, cuyo fin y felicidad suprema consiste en la contemplación perfecta y en el conocimiento de Dios, (*Tus. I-19*) no en un vivir intenso los placeres y en un progreso que dista mucho de merecer ese nombre; esa contemplación de Dios traerá como consecuencia la dicha de nuestra alma inmortal, dicha que habemos de lograr practicando la virtud (*De off. I, 5*) conformando nuestras acciones con la regla eterna e inmutable de la moralidad, que consiste en lo que conviene a nuestra naturaleza racional, ley patentizada y promulgada a los pueblos, antes de que sus reyes dieran otras normas y reglas de vida. (*Pro Mil 4—De Leg. I-6 y 22*).

Esta norma suprema subordina la parte material de nuestro ser al espíritu (*De off. I, 22*) es la causa y fundamento de la sociedad (*De Amic 23 y De Fin. II-14*) de ella como de fuente nacen nuestras obligaciones para con Dios, para con nuestros semejantes y para con nosotros mismos. Principios todos que pueden defenderse en un tratado de moral cristiana, y que bien pudieran avergonzar a muchos cristianos, cuyas máximas morales están muy

por abajo de este nivel. No negaremos, sin embargo, que en algunos puntos su doctrina es reprobable: tales son, por ejemplo, la cuestión de la venganza, que Cicerón admite aunque con algunas reservas; y la errónea opinión en la que se ve el influjo inmediato de Platón, en que se proclama el malhadado principio, de que el hombre es primera y principalmente para la República. Hay también en su moral lagunas imperdonables, jamás habla de los deberes del padre para con sus hijos, ni del esposo para con la esposa; su moral sin embargo es, como dice el P. Laurand, de nobles y levantados ideales. Digamos como confirmación de esto mismo el testimonio del filósofo más grande durante el período Patrístico, San Agustín, quien en el libro de sus confesiones (l. III, c. 4.º) dice así: "En aquella tierna edad aprendía elocuencia... y según el uso acostumbrado había ya llegado a un libro de un cierto Cicerón, cuyo estilo admiran casi todos, pero no así sus ideas. Aquel libro llamábase "Hortensius" y es una exhortación al estudio de la filosofía. Pues ese libro mudó del todo mis afectos, y a tí, oh Señor, encamino mis oraciones, mis peticiones cambiando del todo mis deseos. Porque de repente se me hicieron viles todas mis esperanzas vanas, y deseaba en cambio con un ardor de corazón increíble la inmortalidad de la sabiduría;... ni era la elocución lo que aprendí en ese libro, sino que me persuadía lo que enseñaba... Porque muchos hay que engañan valiéndose de la filosofía, coloreando y velando sus errores, con nombres nobles y gustosos y honestos, mas todos los que, desde mucho tiempo atrás hasta aquellos en que el libro fué escrito, todos, digo los que tal habían hecho, eran en él notados y como señalados con el dedo... y a mí, sólo esto me gustaba del Hortensius, que en sus exhortaciones se me persuadía a buscar y amar, a conseguir y adquirir, a abrazar con todas mis fuerzas la verdad, cualquiera que fuese y donde quiera que se encontrase, y no se me aconsejaba que siguiese esto o aquella escuela; y para lograrlo me animaba y se enardecía mi corazón; sólo una cosa como que me enfriaba entre tanta suavidad y fragancia, a saber, que en él no hallaba el nombre de Cristo." Muy pocos filósofos gentiles habrán tenido un testimonio semejante de un padre de la Iglesia como San Agustín.

Si es grata la impresión que de la lectura de las obras morales de Cicerón se saca, gratísima y en gran manera consoladora es la que deja en el alma el conjunto de sus opiniones, que forman lo que en nuestros días, pudiera llamarse su Teodicea. Una de aque-

llas ideas sólidamente cimentadas para nuestro filósofo, y en las que nada puede, por lo menos por lo que se refiere a la vida práctica, la disputa y oposición de los filósofos, es la idea de la existencia de Dios. Nada, quizás, aparece con más frecuencia, así en sus discursos como en sus obras filosóficas, que la necesidad de admitir sin género de duda la existencia de Dios, y ese Dios de cuya existencia no es posible dudar, no es el monstruoso Júpiter, ni mucho menos la caterva de pasiones divinizadas por el paganismo, y por el vulgo veneradas. “Ni se juzgue, advierte nuestro filósofo en las Tusculanas (I-27, 66) que Dios, como nosotros lo entendemos, pueda concebirse de otra forma, que un espíritu sin mezcla o composición alguna, libre, sin cosa alguna mortal, gobernador y causa de todo, y el mismo dotado de sempiterna vida”. Prescindiendo pues de las raras veces en que, o bien por halagar al pueblo, o bien por razones políticas, habla del politeísmo, su persuasión íntima es que ese Dios es un ser único y personal, no es cuerpo “mens aliqua”, no es mortal “segregata ab omni concretione mortali”, no está ligado por el acaso, o por el determinismo “libera”, ni yace cristalizado e inconsciente en regiones a donde no llegan los ecos de los acontecimientos humanos, antes al contrario todo lo conoce y rige “omnia sentiens et movens”, viviendo él, una vida sempiterna “ipsaque praedita motu sempiterno”. No es difícil encontrar aquí algunas reminiscencias del motor-inmóvil de Aristóteles.

Además del argumento de Platón sacado de la contingencia de los seres, y que expone en las Tusculanas (I-13) da nuestro filósofo tres argumentos para probar la existencia de Dios. Dos de ellos son morales y el tercero viene a confundirse con el argumento conocido en la escolástica moderna con el nombre de argumento teleológico, galanamente traducido por el P. Granada, y que nos vamos a permitir copiar, dice así el P. Granada en la Introducción del Símbolo de la fe (Lib. I, C. III, § IV).

“Imaginemos (dice Tulio) unas tan espesas tinieblas cuantas se dice haber salido en los tiempos pasados de los fuegos del monte Etna, las cuales oscurecieron todas las regiones comarcanas, imaginemos que por espacio de dos días ningún hombre pudiese ver a otro. Pues si al tercero día, el sol esclareciese al mundo, parecería a estos hombres que de nuevo habían resucitado. Y si esto mismo acaeciese a algunos que hubiesen vivido siempre en espesas tinieblas, los cuales súbitamente viesan la luz, ¿cuán hermosa parecería la figura del cielo? Mas la costumbre de ver

esto cada día, hace que los hombres no se maravillen de ver esta hermosura, ni procuren saber las razones de las cosas, que siempre ven, como si la novedad de las cosas nos hubiese de mover, más que su grandeza a inquirir la causa de ellas. Porque ¿quién tendrá por hombre de razón al que, viendo los movimientos del cielo y el orden de las estrellas, tan firme y constante, y viendo la conexión y conveniencia que todas estas cosas tienen, diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razón, y crea que se hicieron acaso las cosas, que ningún entendimiento puede llegar a comprender con cuánto consejo hayan sido hechas? ¿Por ventura cuando vemos alguna esfera movediza o reloj, o algunas figuras moverse artificiosamente, no entendemos qué hay algún artífice y causa de estos movimientos? Y viendo el ímpetu con que se mueven los cielos, con tan admirable ligereza, y que hacen sus cursos tan ciertos y tan bien ordenados para la salud y conservación de las cosas, ¿no echaremos de ver que todo esto se hace con razón, y no sólo con razón, sino con excelente y divina razón?

Mas dejada aparte la sutileza de los argumentos pongámonos a considerar la hermosura de las cosas que por la divina providencia confesamos haber sido fabricadas. Y primeramente miremos toda la tierra sólida, y redonda, y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma, colocada en medio del mundo, vestida de flores, de yerbas, de árboles y de mieses; donde vemos una increíble muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de grande admiración y deleite. Juntemos con esto las fuentes perennales de las aguas frías, los licores claros de los ríos, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos a esto las venas escondidas de oro y plata, la infinidad de mármoles preciosos. Y demás de esto, ¿cuánta diversidad vemos de bestias, de ellas mansas, de ellas fieras? ¿Cuántos vuelos y cantos de aves? ¿Cuán grandes pastos para los ganados, y cuántos bosques para los animales silvestres? Pues, ¿qué diré del linaje de los hombres, los cuales puestos en medio de la tierra, como labradores y cultivadores de ella, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya industria los campos, y las islas, y riberas resplandecen, repartidas en casas y ciudades?

Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos,

como las vemos con los ánimos, ninguno habría que mirando toda la tierra junta, tuviese duda de la divina Providencia. Mas entre estas cosas, ¿cuán grande es la hermosura del mar? ¿cuánta la muchedumbre y variedad de islas, que hay en ella? ¿Qué frescura y deleite de sus riberas? ¿Cuántos linajes de peces, unos que moran en lo profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima de ellas, otros que están pegados con sus conchas naturales a las peñas? Y el mismo mar con sus playas y riberas de tal manera se abraza con la tierra, que de dos cosas diferentes viene a hacerse una común naturaleza de ambas.

Luego el aire vecino a la mar, se diferencia entre día y noche, el cual unas veces adelgazándose sube a lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes, y recogiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con aguas, y corriendo de una parte a otra causa los vientos. Y él también sostiene en sí el vuelo de las aves, y nos da el aire con que se mantienen los animales.

Réstanos ahora el postrer lugar del mundo, que es el cielo, tan alejado de nuestras moradas, que ciñe y abraza todas las cosas, que es el último término y cabo del mundo: en el cual aquellas lumbreras resplandecientes de las estrellas hacen sus cursos tan ordenados, que son causa de grande admiración a quien los contempla. Entre los cuales el sol moviéndose al rededor de la tierra, y naciendo y poniéndose, es causa del día y de la noche, y llegando a nosotros un tiempo del año, y desviándose otro hace dos vueltas contrarias; y en este intervalo se entristece la tierra con su ausencia, y después se alegra con su venida. Mas la luna caminando por las mismas vías que el sol, envía a la tierra la lumbrera que recibe de él, mudándose muchas veces y eclipsándose con la sombra de la tierra, y eclipsando ella al sol, cuando se le pone delante. Y por los mismos espacios corren los planetas al derredor de la tierra, los cuales a veces se apresuran en su movimiento, y a veces se tardan y otras se detienen: que es cosa de grande admiración y hermosura. Síguese luego la muchedumbre de estrellas fijas, las cuales están de tal manera ordenadas, que vienen a hacer ciertas figuras por las cuales son nombradas, como es el carro de bucina y otras semejantes, que son guía de los que navegan por el mar. Todo lo susodicho es de Tulio: el cual con el argumento de la fábrica, y hermosura, y provecho de este mundo inferior, y con el orden y constancia invariable de los movimientos del cielo, prueba que cosas tan grandes y provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas, no se pudieron ha-

cer acaso, sino que tienen un sapientísimo hacedor y gobernador.” (De Nat. Dcor. II-3).

No es sin embargo este argumento el que para Cicerón tiene más fuerza: la tendencia eminentemente práctica de su filosofía, le hace concebir las dolorosas ruinas, que en la humana sociedad produciría la negación de la existencia de Dios: toda justicia, todo orden, toda sujeción, toda ley, toda moralidad, aparecen a sus ojos presa de voraz incendio, que no dejará sino humeantes y ennegrecidos despojos, tan pronto como esa idea capital se borre de la conciencia de los hombres. Este argumento, sin duda admisible y de valor, no es el que más agrada a nuestro filósofo; para Cicerón, el testimonio universal de todos los hombres y el de la propia conciencia, es la voz de la naturaleza, que proclama la verdad; y estos testimonios ayudándose y corroborándose mutuamente, testifican con plena evidencia la existencia de Dios (Cfr. Tus. 1-13 o De Leg. 1-8). “Argumento fortísimo para que creamos en la existencia de los dioses, parece ser el no haber nación tan inculta, ni hombre alguno tan monstruoso, cuya mente no esté íntimamente convencida de que hay dioses; muchos son los que sienten bajamente de los dioses, (que esto suele acaecer por la viciosa costumbre), pero con todo, no hay quien dude de que existe una potencia y naturaleza divina; y esta persuasión no la han producido ni un acuerdo entre los hombres, ni un convenio; ni está reforzada por las costumbres, ni por las leyes; mas en cualquier asunto el acuerdo no pretendido de todos los pueblos se ha de tener por ley de la naturaleza.” Injusta, por lo tanto, nos parece, dice Ritter, la opinión de los que deslumbrados por las frases escépticas, que en algunos interlocutores de los diálogos de Cicerón, pronuncian sobre la existencia de Dios, han acusado a nuestro filósofo de negarla o dudar de ella; antes al contrario la prueba y defiende con resolución por varios caminos, y la exposición de sus argumentos es tan sublime y bella, que no se han cansado los mejores escritores de veinte siglos, de copiarlos y traducirlos. ¿Qué más? acabamos de hacerlo notar: Dios, como lo comprende Cicerón, es inmaterial, libre, sempiterno, poderoso, su vida es perfectísima, ni se le deja en la teodicea ciceroniana, como lo había hecho Aristóteles en la suya, relegado a la soledad más absoluta, y a un completo aislamiento de sus criaturas; sino que las rige y gobierna con sapientísima providencia. Innumerables pasajes de las obras de Cicerón podríamos citar en confirmación de nuestro aserto, cuidadosamente coleccionadas por Kühner.

Todo el libro segundo De Nat. Deor. puede llamarse una apología de la providencia de Dios sobre sus criaturas. Vamos a citar uno de los párrafos más hermosos que hemos encontrado. Dice así: (De Nat. Deor. II 30-32)...“o hemos de negar la existencia de los dioses, o el que la conceda, no podrá menos que confesar que se ocupan en algo, y que ese algo es ocupación excelente y noble; pero no hay cosa alguna más excelente y noble que el gobierno del mundo; luego el mundo es gobernado por los dioses. Y si no se ocupan en este gobierno, mas en otra cosa, necesariamente esa otra cosa será algo mejor y dotado de poder superior que Dios, sea lo que sea, o una naturaleza inanimada, o una necesidad, que, impulsada de una gran fuerza, está obrando las cosas, que vemos. De donde ya no es la naturaleza de los dioses la más poderosa y excelente, puesto que está sujeta o a una necesidad o a otra naturaleza, con la que son gobernados los cielos, la tierra y los mares; pero no hay nada más excelente que Dios; luego el mundo por él es regido. De donde nace que Dios no está sujeto a ninguna naturaleza ni se ve forzado a obedecerla; por consiguiente él es el gobernador de la naturaleza. Porque si concedemos que los dioses gozan de la facultad de entender, por el mismo caso concedemos que toman a su cuidado por cierto las cosas más de importancia. Pues bien; ¿es que, por ventura, no atinan con las cosas de mayor importancia ni con la manera particular con que cada una debe ser regida y conservada; o les falta poder para sostener y gobernar tan maravilloso conjunto? Pero, ¿si es que ni la ignorancia de las cosas, ni la dificultad de cumplir con esta carga por falta de fuerzas, puede en modo alguno concebirse dentro de la majestad de los dioses! De todo lo cual se deduce lo que pretendemos, que el mundo se rige por la providencia de los dioses. Por cierto que es necesario, habiendo dioses si es que los hay, y son lo que sin duda han de ser, que tengan alma, y no sólo que la tengan, sino que gocen de razón y estén unidos entre sí como con el vínculo de sociedad civil, tendiendo todos a una al régimen de sólo el mundo, como de una república y ciudad.” Ni se crea que esa providencia se limite al gobierno general del mundo, o de una ciudad o pueblo, no. Según el eclético romano, Dios gobierna así los acontecimientos de los pueblos, como las vicisitudes de los individuos: “Y no sólo a todo el género humano, sino a cada individuo en particular, acostumbran cuidar y proveer los dioses inmortales”. (De Nat. Deor. II-65).

Parécenos, por lo tanto, justificada la opinión de Zeller, quien,

a pesar de la estima que de Ritter hace, no puede menos de apartarse de su juicio sobre Cicerón en esta parte. Seducido por algunas frases, que, como objeciones de los académicos, pone Cicerón, juzga Ritter, que en realidad el filósofo romano no cree en la providencia, y se empeña en poner un Dios separado del mundo, y un mundo que no es regido, ni gobernado por Dios. Muy bien pudiera refutarse la opinión de Ritter con las mismas palabras con que él refuta la opinión de aquéllos, que niegan la creencia de Cicerón en la divinidad.

Dios, pues, para el orador romano, existe; sus relaciones con el mundo son íntimas y estrechas; su naturaleza es excelentísima, como arriba notábamos; es un espíritu independiente de la materia, aunque a veces encontramos en los escritos de Cicerón expresiones que han dado pie a algunos para tachar a nuestro filósofo de materialista; pero mucho nos inclinamos a creer que erraron, cuando, registrando al más notable de los historiadores y defensores del materialismo, Lange, encontramos no sólo no cuenta entre los secuaces de esta doctrina a nuestro filósofo sino que le fustiga por la dureza con que en todas sus obras reprende las doctrinas materialistas de los Epicúreos. La lectura misma de las obras de Cicerón, nos revelan que, aun concediendo que por ventura admitiera la existencia de una materia etérea en la constitución esencial de los espíritus, asevera sin embargo harto claramente y con demasiada frecuencia para que sea posible la duda, que Dios y el alma humana son en absoluto independientes de esta materia que palpan nuestros sentidos.

“En la naturaleza del alma, dice en las *Tus.* (libro 1. - 29), no podemos en modo alguno admitir, a no ser que seamos de natural tan ajeno al discurso como el plomo, nada que se le haya mezclado, o unido, o pegado, o que sea doble; pues, siendo esto así, ciertamente el alma no puede ni ser separada en partes, ni dividida, ni descoyuntada, ni despedazada; de donde tampoco puede perecer.” No nos sería difícil llenar páginas y páginas con expresiones tan categóricas como precisas. ¿Podríamos exigir algo más para distinguir de lo material el alma humana, y la esencia divina, que el afirmar ser algo simple y en ninguna manera compuesto; separado de toda materia, incorruptible, inmortal; que piensa y raciocina, libre y dueño de sí mismo? Ciertamente nos parece que no.

No es, en cambio, tan fácil excusar a Cicerón de otro error gravísimo, aunque en materia tan difícil, en la que han errado todos los filósofos gentiles, a saber: la coordinación del conocimiento di-

vino de los futuros contingentes con la libertad del hombre. Este oscurísimo problema, ya famoso en la historia de la filosofía, llevó a Cicerón al más grave de sus errores: "Puesto que nada me parece tan contrario, dice en el 2.º libro De Divin., tanto a la razón como a la perseverancia y firmeza, como la libertad; de modo que a mi parecer ni aun en Dios ha, ni puede haber lugar, tal que sepa lo que por casualidad y por causas libres sucederá; porque si lo sabe, ciertamente sucederá, y en lo que ciertamente ha de acaecer ya no hay libertad; es así que en verdad se da la libertad; luego no hay que pensar que lo que cae bajo el dominio del libre albedrío, se pueda de antemano conocer." Niega, pues, la ciencia de los futuros contingentes al mismo Dios.

Ya que antes vimos las alabanzas, que San Agustín tributa a la moral de Cicerón, oigamos también ahora el juicio que, sobre este gravísimo error del filósofo gentil, formula en el libro 5.º de su obra De Civit. Dei (cfr. cap. IX). "Para que, por tanto, no se sigan estas conclusiones indignas, absurdas y perniciosas para las cosas humanas, no quiere que haya presciencia de las acciones futuras, libres, porque cree que no se pueden dar ambas cosas a un tiempo, sino que de la afirmación de la una, se sigue la negación de la otra; si eligiéremos la verdad de la presciencia de los futuros libres, por el mismo hecho negamos el libre arbitrio de la voluntad; si preferimos al libre arbitrio de la voluntad, con eso ya quitamos de en medio el preconocimiento de los futuros libres. De ahí que él, como varón notable y docto y que miraba con gran interés y sabiduría por la vida humana, entre estos dos extremos eligiese el del libre albedrío de la voluntad; y para afirmar esto, hubo de negar la presciencia de los futuros; y de este modo, al querer conservar para los hombres el privilegio del libre albedrío, les tuvo que hacer sacrílegos. Pero nosotros, oponiéndonos a tan sacrílegas e impías audacias, juntamente afirmamos que Dios lo conoce todo antes de que suceda, y que libremente hacemos nosotros cuanto sentimos y conocemos que va sucediendo merced a nuestra libre voluntad... Y porque niega que el orden de todas las causas sea ciertísimo y conocidísimo para Dios, le detestamos más que los mismos Estoicos..., porque con esto no viene sino a decir lo que el otro necio decía en su corazón: no hay Dios. Que quien no puede saber de antemano todo lo futuro, ciertamente no es Dios." Tal es el juicio de S. Agustín sobre este punto, y cierto que en él no hemos de excusar a nuestro filósofo, aunque la dificultad y oscuridad de la cuestión puedan salvar su buena voluntad.

En la teodicea ciceroniana encontramos, pues, conceptos sobre la divinidad tan levantados como en Platón y Aristóteles: el Dios de Cicerón supera al que concibiera el Estagirita, en las íntimas relaciones que con sus criaturas tiene; se asemeja mucho más al de Platón, del que parece haber sacado el ecléctico romano, las ideas que en su teodicea defiende sobre la providencia divina. Las elevadas concepciones de los griegos sobre esta materia, sólo sobrepujadas por las afirmaciones de los filósofos cristianos, brillaron con refulgentes resplandores a las miradas de M. T., y encontraron en su pluma y en su excelente estilo, la vestidura, por decirlo así, que necesitaban para poder ser vistas y admiradas del pueblo romano.

De lo que brevemente acabamos de indicar, puede deducirse la importancia que en la historia de la filosofía tenga el nombre de Cicerón.

Todos los historiadores unánimemente le colocan entre los filósofos romanos de más nombradía, y como el representante más autorizado del eclecticismo neo-académico en Roma. Su alma noble y generosa se entusiasma con la verdad y quiere desplegar sus alas para alcanzarla; mas su irresolución y su superficialidad le detienen en su vuelo, y derribándola la apesgan en el cieno de la duda, que mancha aún sus concepciones más sublimes. Sumamente versado en los filósofos griegos, le falta por medio de la reflexión profunda y sosegada asimilarse las doctrinas que ha estudiado, y sólo de vez en cuando aparecen ideas que pudieran llamarse originales. Su estilo elegante y florido es un venero precioso y abundante que divulgó en los cármenes de Roma las ideas de los grandes filósofos, y conservó en sus cristalinas fuentes todas las opiniones filosóficas que hasta su tiempo se conocieron. Cicerón supo enseñar deleitando, y deleitar con la nitidez de su lenguaje, mientras enseñaba los grandes sistemas filosóficos que conoció. He aquí el juicio que como filósofo podemos dar sobre el insigne orador M. T. Cicerón.

EDUARDO IGLESIAS.

## «LA FE QUE JUSTIFICA»

### Y LA MODERNA TEOLOGÍA LUTERANA

---

Señor Director de la revista ESTUDIOS.

Estimado señor: A fines del pasado mes de Enero llegó a mis manos el número de ESTUDIOS, correspondiente a dicho mes, y con no menor fruición que provecho leí los interesantes y bien trabajados artículos que contenía. El trabajo sobre los “Tres pioneros de la civilización nacional” gustó en gran manera a mis compañeros germánicos; el de Jaime Pujiula despertó la curiosidad de algunos de los aficionados a las teorías evolucionistas, y el articulito de José Blanco excitó la hilaridad de todos. ¡Indudablemente las bolas de Parodi son bolas! Was für Lügen!

El que esto escribe, ha leído con particular gusto y provecho el trabajo teológico de Juan Corominas, quien en pocas líneas y con mucha claridad y exactitud ha expuesto y refutado la conocida doctrina de Lutero de que “la fe y la fe sola nos justifica sin necesidad de las buenas obras”. No pretendo contradecir al sabio escritor de ESTUDIOS, ni aún rectificar concepto alguno de cuantos emite en su bien tarbajada monografía. Tan sólo deseo escribir dos líneas que constituyan una nota a una de las afirmaciones del escritor. Escribe el mismo que “desde el siglo XVI hasta el momento presente no han dejado de enseñar los protestantes, como uno de los puntos esenciales del Protestantismo, que la fe y la fe sola nos justifica sin necesidad de las buenas obras”. Esta afirmación es exacta, tomando en conjunto las doctrinas luteranas; pero debe advertirse que existen muchísimos teólogos, y de los más conspicuos en el campo luterano, que han abjurado y aún condenado, y anatematizado la doctrina de Lutero.

Teólogos luteranos tan eminentes como Ernesti, Lemler, Clausen, Olshausen, Köllner, Hase, Ebrard, Dorner, Rosenmiller, Schleiermacher, Ammon, Billroth, de Wette, Hagenbach, Lange (P. J.), Baurgarten, Düsterdiek, Kurtz, Martensen, Schenkel, Wiezsäcker, Ritchl, y aun Köstlin y Beyschlag, sin contar otros muchos, han re-

pudiado abiertamente la doctrina fundamental de Lutero y han conducido la doctrina de la justificación por otras sendas. Hasta los campeones del Luteranismo ortodoxo, tales como Sartorius, Guericke, Hengstenberg, Harless, Philippi, Delitzsch, Kahnis, Luthard, han descuartizado la teoría de Lutero, la han transformado, y a lo menos virtualmente la han repudiado.

Muchos de ellos convienen en afirmar con Matthew Arnold que "la doctrina de la Justificación enseñada por Lutero es un océano de palabrería (verbiage) que ha inundado el mundo" (1); otros, como Beyschlag, ni quieren perder tiempo en su inteligencia por considerarla, ya a priori, como "una doctrina enervadora", y además porque llegó al luteranismo por malos senderos desde el día que llegó a tener adeptos" (2); algunos, como Hallam, aseguran que "in maintaining salvation to depend on faith as a single condition he [Lutero] not only denied the importance, in a religious sense, of a virtuous life, but asserted that everyone who felt within himself a full assurance that his sins were remitted (which according to Luther, is the proper meaning of Christian faith) became incapable of sinning at all" (3).

En el sentir de los grandes pensadores luteranos, como Charles Grant, "fundóse esa doctrina sobre una religión personal tan intensa que no podía menos de ir contra todo lo que nos enseña la historia y la tradición, y declarar la guerra a los poderes todos del cielo y de la tierra" y "ha sido el camino por el que Alemania ha llegado a la indiferencia religiosa" (4). El profesor de teología Briggs, nos dice que "los Reformadores se preocuparon demasiado de la Justificación y descuidaron la santificación" (5) y un especialista como Maurenbrecher, afirma que después de examinar los fundamentos de la doctrina de Lutero, no puede menos de prescindir de ella "pues descansa sobre base muy frágil" (6).

Lange en su biografía de Lutero no titubea en calificar la doctrina luterana de la Justificación con los epítetos más desfavorables y en concluir su juicio sobre la misma, asegurando que "ha producido los más desastrosos efectos en lo relativo a la moralidad públi-

(1) Contemporary Review, Mayo de 1900, pág. 712.

(2) Lutherische Kreuzzeitung, Núm. 32, 1893.

(3) Literature of Europe (N. Y. 1886), t. 1, pág. 303.

(4) Contemporary Review, Sept. de 1880, pág. 372.

(5) Forum, t. 7, pág. 376.

(6) *Studien und Skizzen zur Geschichte der Reformationszeit* (Leipzig, 1874), pág. 283.

ca, ya desde sus principios”, y según otro historiador, Baring-Gould, llegó a ser “una madre fecunda de resultados inmorales”. A nadie puede ya maravillar que esa doctrina, en otro tiempo la piedra angular del protestantismo, es ahora según frase de Tulloch (1) “un cadáver sin vida” y nadie se extrañará de que el doctor Zahn, uno de los más conspicuos teólogos modernos luteranos la desprecie y llegue a afirmar que: “la doctrina de la Justificación propuesta por Lutero ya no existe en Alemania; palabras que en otros tiempos hubieran sonado como falsas, atrevidas, malditas, pero que hoy se dicen y se repiten sin causar alarma alguna” (2).

Por fuertes que parezcan estas frases y otras que hemos transcrito de escritores luteranos, no son más que leves comentarios y deducciones obvias del juicio que sobre su misma doctrina emitió su mismo creador, cuando escribió que: “Es wird die Welt aus dieser Lehre je länger je ärger. Jetzt sind die Leute mit sieben Teufeln besessen, da sie zuvor mit einem Teufel besessen waren” “por causa de esta doctrina, el mundo cada día se vuelve peor. Ahora la gente está posesionada por siete demonios, mientras que antes [bajo el Papado] sólo estaba posesionado por uno” (3).

Esperamos que el escritor de ESTUDIOS no desdeñará estos apuntes que nos atrevemos a publicar, tomando ocasión para ello de su hermoso trabajo teológico que esperamos y deseamos no sea el último; escritos de esa índole que tanto contribuyen a la vulgarización de la teología católica, honran a su autor, honran la revista en la que se publican y dicen muy alto en favor del pueblo argentino, en cuya prensa aparecen.

W. SWEITZER HILL.

Carlsruhe (Baden), 2-2-21.

(1) Martín Luther, *Ein Religioses Charakterbild*, por H. Lange (Berlín, 1870), pág. 328.

(2) Doctor Th. Zahn, *Das Apostolische Symbolum*, pág. 44.

(3) *Luthers werke-Hauspostille* (Jena, 1559).